

El Cantar de Mio Cid

PRIMER CANTAR "El Destierro"

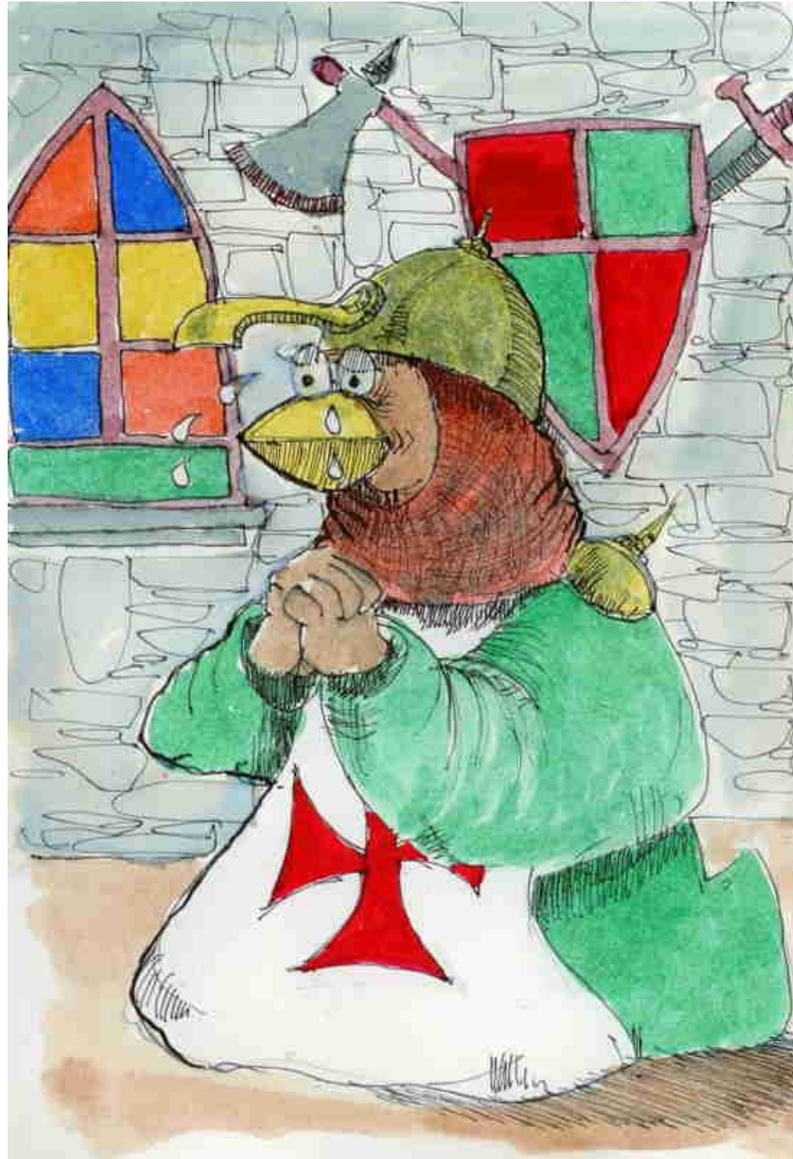
Texto: Eva López del Barrio

Ilustraciones: Javier del Barrio Junquera



Rodrigo Díaz de Vivar, Mío Cid Campeador, era un guerrero muy valiente y le había hecho muy buenos servicios al rey de Castilla, Alfonso VI. Pero por culpa de las mentiras de sus enemigos, el rey le desterró. Le acusaron de robar un dinero que era para el rey y que él había ido a buscar al palacio de otro gobernante musulmán. Dicen que en vez de dárselo al rey, como era su obligación, se lo guardó para sí. Pero eso no era verdad.

Justo antes de partir al destierro, miraba su casa con pena



y no podía evitar que sus dos ojos llorasen fuertemente. Sin embargo, muy pronto empezó a pensar en la aventura que le esperaba y para iniciarla con buen pie, como era muy religioso, se dirigió a Dios hablando así:

- A ti te doy gracias, Padre que estás en el cielo. Esto es lo que me han hecho mis enemigos malos.
Y ya no lo pensó más veces ni se hizo mala sangre, sino que empezó a ocuparse de sus asuntos lo mejor que pudo.



Salió con unos cuantos amigos guerreros de su pueblecito, Vivar, hacia Burgos, que era una ciudad más grande.

En aquella época, aproximadamente el año 1080, los hombres y las mujeres creían mucho en las señales y para saber cómo les iban a salir las cosas, observaban los augurios e incluso algunas personas eran expertas en interpretarlos. A veces hasta destripaban pájaros para ver el destino en sus entrañas.



A la salida del pueblo, vieron una corneja –que es un pájaro parecido al búho- por el lado derecho, y eso era señal de buena suerte. Pero a la entrada en Burgos, vieron la corneja venir por el lado izquierdo, que era señal de mala suerte. El Cid no hizo caso de esto último para no desanimarse y le dijo a su mejor amigo:

-¡Alegría, Álvaro Fáñez!; que nos han echado de nuestra tierra. –con voz risueña y animada.

Pensaba que esta desgracia era una oportunidad para demostrar su valor y su entereza y quería animar a su amigo, que compartía su misma suerte

Además de Álvaro Fáñez, venían muchos más soldados con él.

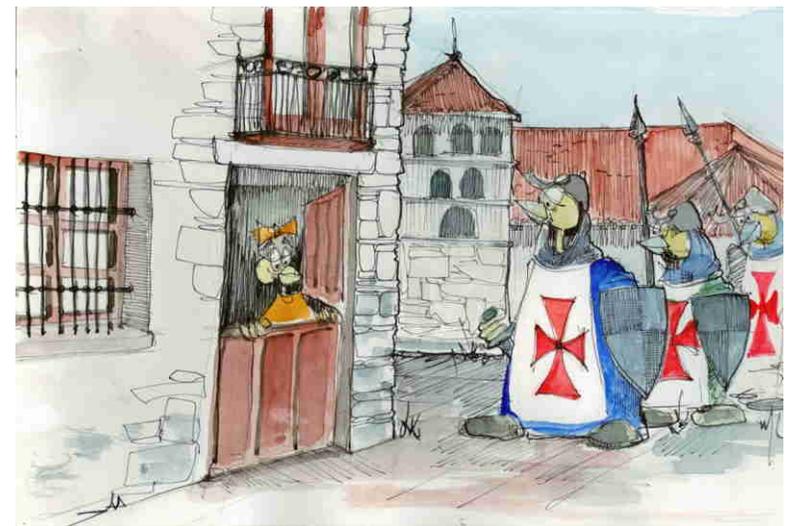
Cuando entraron en la ciudad de Burgos eran unos sesenta y la gente se asomaba a los balcones para verles pasar, muy entristecidos, llorando también por los dos ojos. El Cid era muy famoso y había corrido la voz de que el rey se había dejado engañar por sus enemigos y le había desterrado, así que ahora tenía que abandonar Castilla y la gente decía, emocionada:

-¡Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!

Eso quería decir que era una pena que el rey fuera tan tonto y no se diera cuenta de que el Cid era extraordinario. Toda la gente de la ciudad estaba deseando invitarle a él y a sus soldados a entrar en sus casas para que descansasen y comieran algo, pero no se atrevían a hacerlo porque les había llegado una carta del rey que decía así:

ESTIMADOS SÚBDITOS: QUE NADIE SE ATREVA A DARLE ALGO DE COMER AL CID O A SUS HOMBRES, NI A DARLES BEBIDA NI A DEJARLES QUE DESCANSEN EN SUS CASAS O POSADAS PORQUE A QUIEN LO HAGA LE CASTIGARÉ TERRIBLEMENTE. LE QUITARÉ TODAS SUS PROPIEDADES Y HASTA LOS OJOS DE LA CARA.

Así que cuando el Cid y sus sesenta guerreros llegaron a la posada, estaba cerrada; dieron voces y no abrían; dieron golpetazos en la puerta y seguían sin abrir

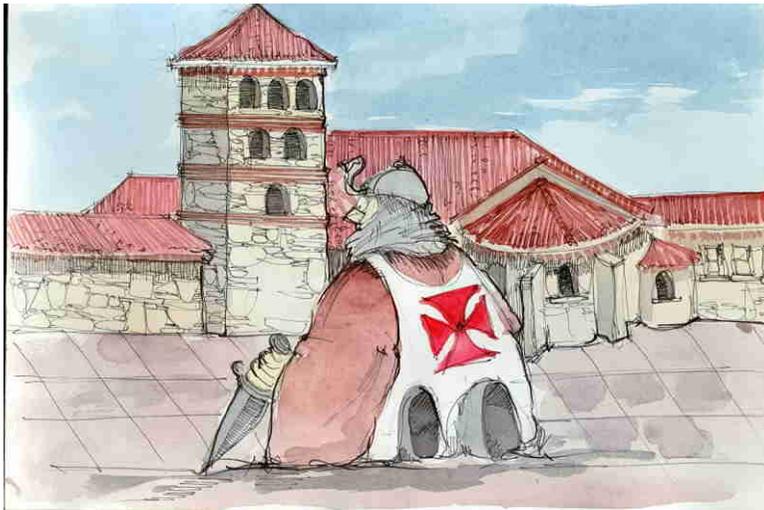


. Dentro estaban muy asustados. El Cid no entendía la causa y empezó a enfadarse, tanto, que hasta le dio una patada a la puerta; pero una niña de nueve años se atrevió a salir de su casa para explicar las cosas y hacerle entrar en razón.

-¡Ya, Campeador! No sigas haciendo eso porque no te pueden abrir. Anoche llegó una carta del rey diciéndonos que si te ayudábamos perderíamos nuestros bienes y hasta los ojos de nuestras caras. Vete, por favor, y que Dios te acompañe.

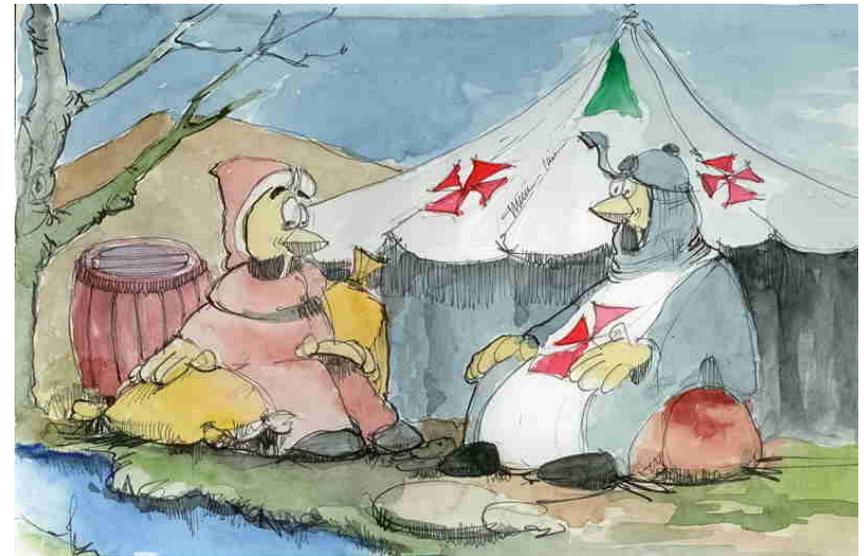
Y después de hablar así, la niña se dio la vuelta y entró en su casa tranquilamente.

El Cid se quedó pensativo. Así que el enfado del rey era muy, muy grande, pensó. Subió en su caballo y alejándose del hostel se dirigió a Santa María, la catedral de Burgos; allí descabalgó y poniéndose de rodillas rezó un rato.



Y ya mucho más tranquilo decidió irse con sus hombres a las afueras de la ciudad y montar sus tiendas de campaña en la ribera del río para dormir allí.

Pero existía otro problema, y es que no tenían comida ni bebida y en la ciudad de Burgos nadie iba a vendérsela porque lo había prohibido el rey. Bueno, nadie, nadie, no: Martín Antolínez, el burgalés perfecto, sí que lo hizo, se arriesgó a darles la comida y el vino que tenía en la despensa de su casa, y le dijo al Cid:



- Campeador, vamos ya a dormir, que casi es de noche. Mañana temprano partiré con vosotros. No me puedo quedar aquí después de haberos dado la comida, porque el rey me castigará terriblemente. Pero con el paso del tiempo, creo que recuperaremos su confianza y nos perdonará.

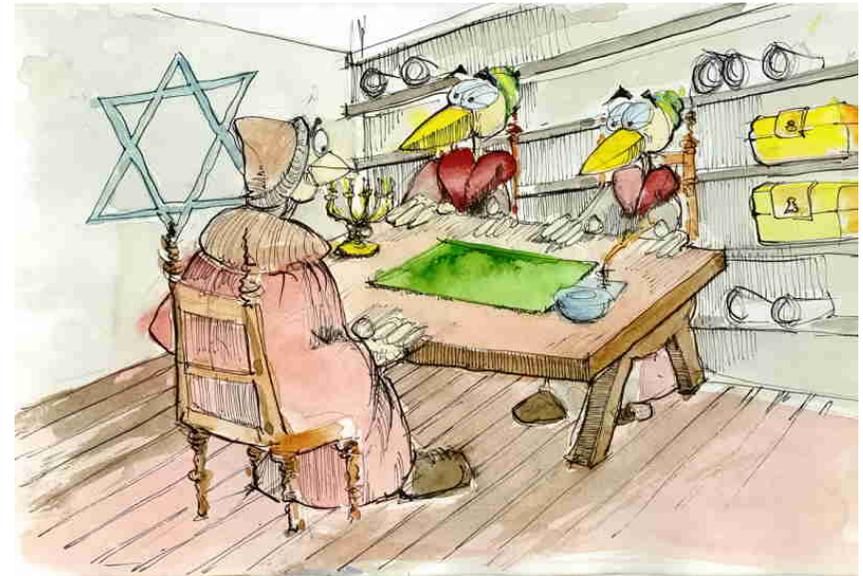
- Gracias, Martín Antolínez.- dijo el Cid, emocionado.- Eres un soldado muy valiente y por lo que has hecho hoy te pagaré el doble de sueldo. Ahora no tengo dinero, pero haremos algo para conseguirlo.

Y le contó el ingenioso plan que se le había ocurrido para conseguir el dinero. Prepararon dos baúles muy grandes que tenía Martín Antolínez en su casa y los forraron con una piel de dibujos muy bonita. Luego las llenaron por dentro de arena y las dejaron muy bien cerradas con clavos dorados. Los baúles parecían cajas de tesoros musulmanes.

- Martín Antolínez, vete a ver a Raquel y Vidas, dos prestamistas que viven en la ciudad, y les pedirás que nos presten una buena cantidad de dinero a cambio del oro de los baúles. Seguro que lo creerán porque ha corrido el rumor de que he robado los tributos de ese rey moro y pensarán que este es el tesoro.

El Cid no estaba muy contento de tener que utilizar esta mentira para conseguir el dinero, pero no tenía otra mejor opción y no estaba tan mal burlarse de los prestamistas, que eran demasiado egoístas y sólo pensaban en enriquecerse.

Cuando llegó Martín Antolínez a casa de Raquel y Vidas, pidió hablarles en secreto para que nadie los escuchara.



- Raquel y Vidas, vengo de parte del Cid. Él tiene en su poder unos baúles llenos de oro que eran de ese rey musulmán. Ahora, como sabéis, tiene que partir al destierro y no puede llevar esos tesoros, sino dinero para atender a sus hombres. Así que os pide que le prestéis el dinero y os quedéis los baúles como garantía de pago, con la promesa de no abrirlos hasta dentro de un año.

- Por prestarle el dinero, nosotros debemos ganar algo, ¿qué nos dará él?- dijeron Raquel y Vidas después de hablar entre ellos.

- Mío Cid os dará a cambio lo que sea justo, pero necesita ahora 600 monedas para atender a sus hombres, que se van uniendo a nuestro grupo desde todas partes por donde pasamos. -contestó Martín Antolínez.

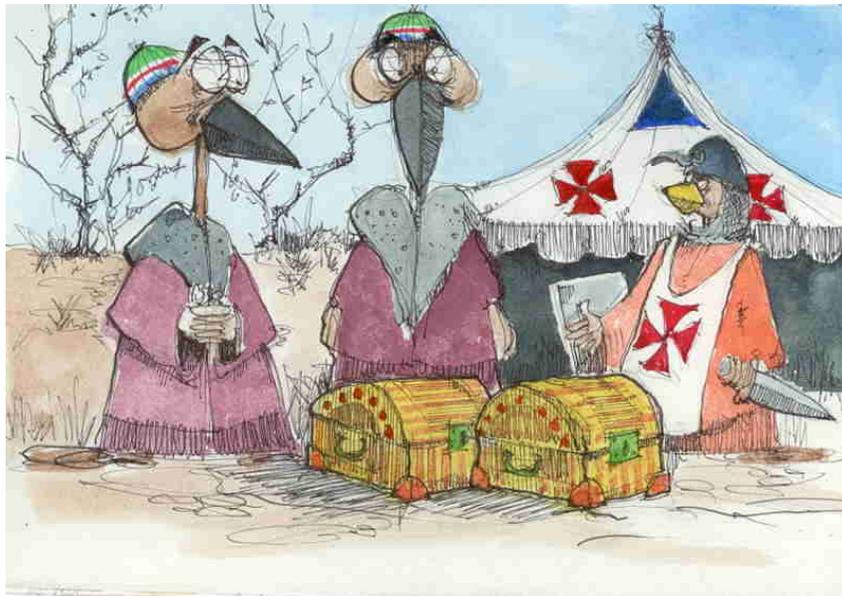
- **Nosotros se lo prestaremos con mucho gusto.**- dijeron los prestamistas.

- **De acuerdo.** -dijo entonces Martín Antolínez.- **pues daros prisa porque se está haciendo de noche y tenemos que partir muy pronto. Dadnos ese dinero.**

- **No se hacen así los negocios.** -dijeron Raquel y Vidas.- **Antes tenemos que ver los baúles.**

Martín Antolínez los llevó cabalgando hasta la tienda de campaña del Cid, que les recibió con una sonrisa y muy pronto se pusieron todos de acuerdo,

Le pidieron Raquel y Vidas al Cid que les trajese como pago del préstamo, a su vuelta, unos vestidos de piel de conejo cubiertos de seda roja y atados con cordones de oro, y el Cid se lo prometió con mucho gusto y les dijo que si no lo hacía, podían cobrarse las vestiduras con el tesoro de los baúles, pero que cumpliesen la condición de no abrirlos hasta dentro de un año.



Cuando Raquel y Vidas cogieron por fin los baúles para llevarlos a su casa en la ciudad, notaron que pesaban muchísimo y se pusieron muy contentos, tanto, que decidieron darle otro poco de dinero a Martín Antolínez por haberles propuesto tan buen negocio, y le dieron 30 monedas más para él, y a parte las 600 del Cid, y después se fueron para la ciudad.

Martín Antolínez se lo dijo todo al Cid, que le dio un abrazo muy grande.

- **Ven aquí, mi fiel amigo. ¿Cuándo podré tener el gusto de hacer algo por ti?**- le dijo.

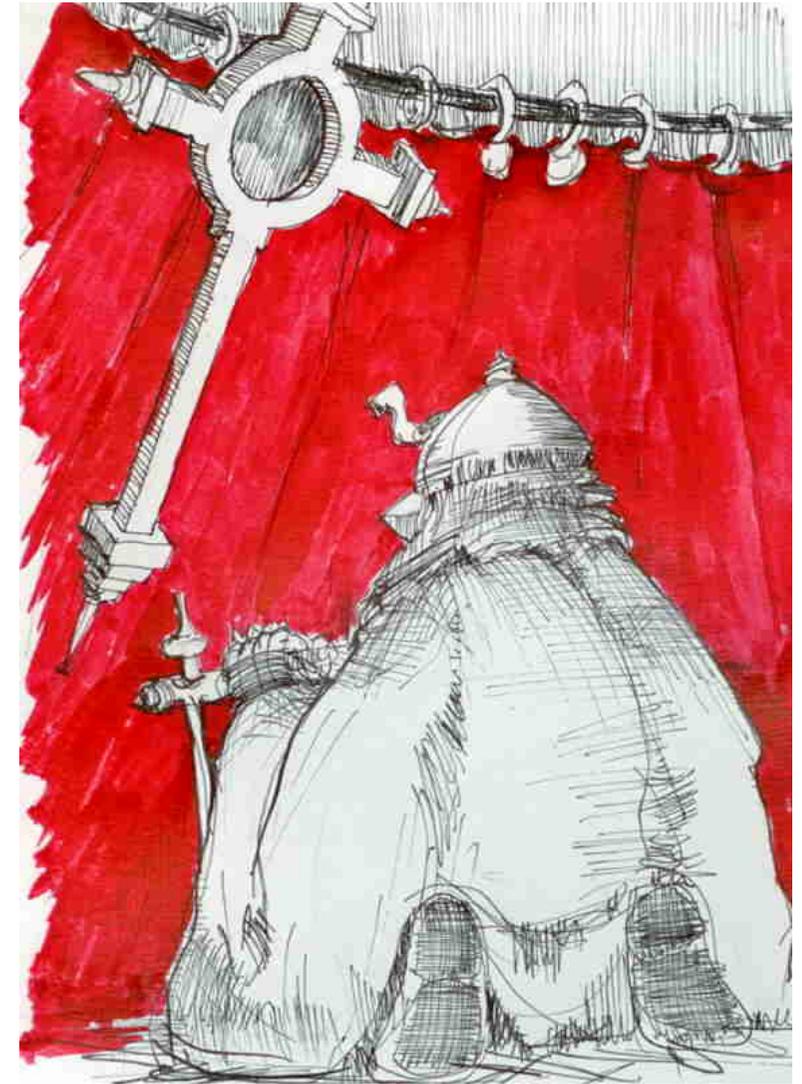
- **Démonos prisa, Campeador, recojamos las tiendas de campaña y partamos para San Pedro de Cardeña, donde está tu mujer, para despedirnos de ella y salir ya del reino, antes de que se cumpla el plazo.** - contestó Martín Antolínez.

Martín Antolínez tenía razón, no había tiempo que perder. El rey Alfonso les había puesto un plazo de nueve días para abandonar el reino de Castilla. Así que recogieron las tiendas y se dirigieron hacia el monasterio de San Pedro de Cardeña, donde el Cid había dejado a su mujer y a sus hijas para que vivieran allí mientras él marchaba al destierro.



Pero antes de salir de Burgos, el Cid volvió la cabeza de su caballo hacia Santa María, la catedral, y acordándose de la Virgen rezó otra vez, pidiéndole un poco de ayuda.

- Santa María, ayúdame. El rey está enfadado conmigo y me echa de mi tierra; no sé si podré volver algún día. Acompáñame en mi camino de noche y de día, porque si lo haces así, te compraré unos bonitos adornos para tu altar y te mandaré cantar muchas misas.



Cantan de prisa los gallos, como queriendo que amanezca, y Jimena, la mujer del Cid, arrodillada en la iglesia del monasterio con cinco servidoras, también está rezando por su marido, para que tenga suerte en el camino.

- *Tú, que a todos guías, ayuda a Mío Cid el Campeador.*



Así estaban, cuando oyeron llamar a la puerta del monasterio y el abad Don Sancho fue muy alegremente a abrir con dos velas encendidas.



- *Gracias a Dios, Campeador. Entra y os daré de todo a ti y a tus hombres.*- le dijo con cariño. Parece que no le daban miedo las amenazas del rey.

- *Gracias, Don abad.* - contestó el Cid.- *Prepara comida para todos nosotros, pero te daré por ello 50 monedas y si vuelvo algún día serán otras 50. Aquí dejo a mi mujer doña Jimena con mis dos hijas pequeñas. Tómalas en tus brazos y cuídalas bien. Te doy otras 100 monedas para que las atiendas en todo, pero si te falta algún dinero, ponlo tú, que a mi vuelta te daré el doble.*

Mientras el Cid y el abad Don Sancho hablaban de esta manera, entró doña Jimena con sus hijas, y con mucha emoción se puso de rodillas delante de su

marido y llorando por los dos ojos le quiso besar la mano, mientras decía:



Hola, Campeador, que en buena hora has nacido, y por culpa de esos envidiosos te van a echar de tu tierra.

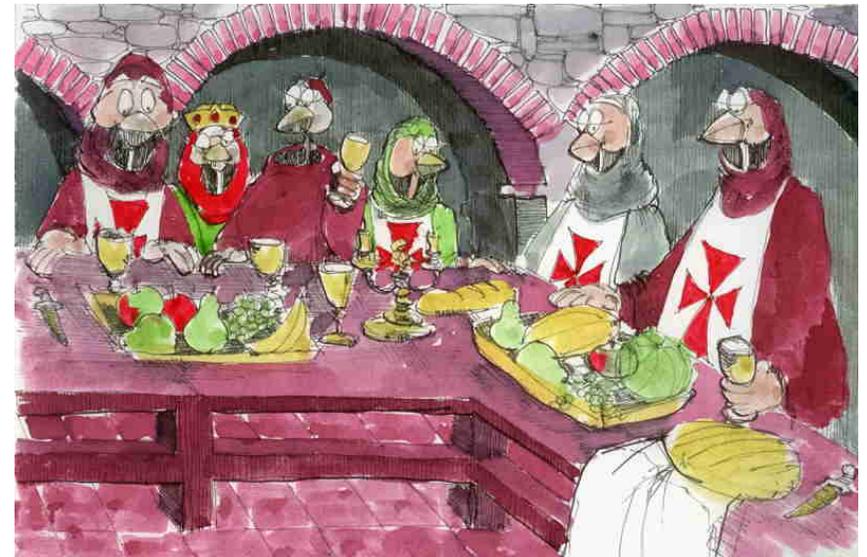
Doña Jimena estaba muy enfadada con esos enemigos de su marido, que eran unos señores muy ricos e importantes y que le habían dicho mentiras sobre el Cid al rey porque les daba envidia que fuese mejor guerrero que ellos. Por eso hablaba así ahora. También tenía miedo del futuro, de lo que les esperaba a ella y a sus hijas si se quedaban en Castilla, y por eso continuó hablando de esta manera:

- Veo que tú te vas y no sé si nosotras nos quedamos aquí, pero se nos va la vida con ello. Danos

algún consejo, por amor de Santa María. ¿Qué va a ocurrir ahora?

- Ya, doña Jimena, mi mujer tan perfecta, a quien quiero como a mi alma. Yo me iré y vosotras os quedaréis aquí. Ya lo ves, que debemos separarnos en vida. Pero volveré con vosotras y cuando las niñas crezcan las casaré con mis propias manos.

Después de mantener esta conversación, los monjes del monasterio dieron de comer al Cid y a sus hombres de manera muy satisfactoria y se quedaron todos tranquilos.



Por la mañana empezaron a sonar las campanas ruidosamente por toda Castilla mientras se leían los

pregones anunciando la mala suerte del Cid y su destierro.

Muchos hombres, al enterarse, decidieron salir con él de Castilla porque le querían y le consideraban el mejor guerrero del reino. Así que, de sesenta que antes eran, muy pronto fueron ciento quince. Lo supo el Cid y salió de la puerta del monasterio con su caballo a recibir a los nuevos soldados, sonriente y agradecido y les decía así:

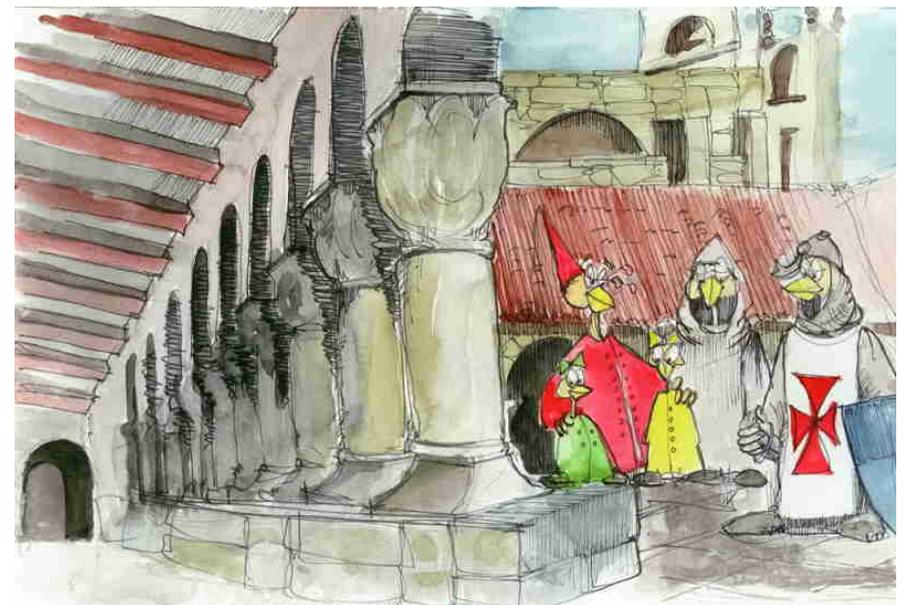
- Ruego a Dios que, a vosotros, que dejáis por mí vuestras casas y posesiones, os pueda recompensar con el doble de lo que perdéis.

Y mientras estas cosas ocurrían, el plazo se iba cumpliendo y ya habían pasado tres días, por lo que sólo les quedaban seis para abandonar el reino, o en caso contrario el rey les mataría.



Reunidos todos en el monasterio, el Cid les dijo que tenían que darse prisa y que a la mañana siguiente partirían después de escuchar una misa de la Santa Trinidad, que era la que por aquel entonces les gustaba a los guerreros, porque pensaban que les daba suerte.

Doña Jimena estuvo rezando durante toda la misa y después, mientras todos los guerreros montaban en sus caballos dispuestos a la partida, se despidió de su marido otra vez con muchas lágrimas, porque no sabía cuándo volverían a verse. Dicen que lo que sentían en el momento de separarse era un dolor tan fuerte como el que tendríamos al separar la uña de la carne.



A la mañana siguiente era justo el último día del plazo, llegaron a la sierra de Miedes, entre las provincias de Guadalajara y Soria, y el Cid se detuvo a contar a sus guerreros: eran ya trescientos hombres, ¡cinco veces más que cuando partieron de Vivar!

Ya sólo les quedaba atravesar esa sierra y habrían dejado Castilla, así que el Cid les animó a cabalgar de prisa para dejarla atrás esa misma noche. Así lo hicieron y detrás de esa sierra ya estaba el pueblo de Castejón de Henares, en Guadalajara. Este fue el primer lugar donde el Cid luchó contra los moros.

Luchar contra los moros era lo que el Cid y sus hombres tenían que hacer para conseguir riquezas y fama y para mejorar sus vidas. Era su profesión. Tenían que conquistar diferentes lugares que estuvieran gobernados por un rey musulmán y conseguir que se rindieran para que les diesen dinero, ganado, comida u otras cosas a cambio de respetar sus vidas o sus costumbres, e incluso su religión. Era así.

Pero, volviendo a nuestro relato, el Cid y sus hombres se escondieron cuando llegaron a Castejón, esperando a que despertasen los moros de Castejón para atacarles por sorpresa. Estuvieron ocultos toda la noche, y decidieron que parte de ellos se quedarían en ese lugar, controlando, y otra parte, unos 200, se irían a saquear los lugares próximos, es decir, a robar las cosas de la gente por la fuerza. Esto del saqueo se llamaba "algará" y era una parte normal de la guerra, algo que se explicaba en los manuales y que era perfectamente digno. Álvaro Fáñez fue con los 200 hombres para dirigir la algará.



Llegó la mañana y despertaron los moros de Castejón; abrieron las puertas para salir a sus campos a trabajar y hacer todas las labores del día; pero el Cid y sus hombres les estaban acechando. El Cid entró en Castejón con la espada desnuda en la mano y en un momentito había matado quince moros. Pronto se rindieron y el Cid y sus hombres se hicieron con el oro y la plata, así como con el control de la ciudad.

A continuación llegó Álvaro Fáñez con los de la algará; traía una cantidad impresionante de riquezas. El Cid se puso muy contento y le recibió con los brazos abiertos.

***- ¿Vienes ya, Álvaro Fáñez, valiente soldado?
¡Tantas riquezas traes! Si tú quieres, Minaya,
quédate con la quinta de Alfonso.***



La quinta de Alfonso era la quinta parte de las riquezas conseguidas en la campaña militar, que el Cid debía entregarle a Alfonso VI por ser éste "su señor". En aquella época las relaciones estaban organizadas de tal manera que unos hombres estaban subordinados a otros, formando una pirámide. El Cid era vasallo del rey Alfonso, lo cual quiere decir que el rey Alfonso era su señor y que el Cid tenía que obedecerle siempre, luchar para él y darle la quinta parte de las riquezas que obtuviese en sus campañas, entre otras cosas; y a cambio el rey le protegería con su mayor poder. Era un pacto de vasallaje.

Pero el rey le había desterrado. Si el Cid ya no quería seguir siendo vasallo de Alfonso, tenía que "desnaturalizarse", que era como independizarse y empezar a vivir por su cuenta. Sin embargo, a pesar de todo, el Cid quería seguir siendo vasallo del rey y trabajar por recuperar su confianza y Álvaro Fáñez le ayudó en ese camino diciéndole que no quería la quinta del rey, que la guardase para Alfonso el

castellano, si quería. Eso fue una buena idea. Pero de momento el Cid no estaba para darle quintas a Alfonso. Más adelante, ya veremos.

El Cid llamaba a Álvaro Fáñez: Minaya. Esta es una palabra de origen vasco, "mi anai", que significa mi hermano. Así le quería el Cid, como si fuese su hermano. Minaya dijo:

- Campeador, guarda la quinta para Alfonso el castellano si quieres, o para ti, y dame mi parte cuando la merezca realmente, que será cuando, luchando contra los moros, tenga ya la espada en la mano y la sangre de los enemigos resbalando por el codo abajo en gran cantidad.

En las guerras de esa época había fundamentalmente dos armas en poder del guerrero: la lanza y la espada. La lanza, ese larguísimo palo de madera terminado en punta, era para el comienzo de las batallas y subido en el caballo. Daba menos miedo luchar así y era menos arriesgado y costoso. Pero cuando te acercabas lo suficiente al enemigo, tenías que luchar con la espada. Entonces la sacaban de su vaina, que llevaban colgada del cinturón, y empezaban a clavarla en los enemigos, de tal manera que su sangre chorreaba por el codo abajo. Eso sí era más costoso. Y tan brutal era la vida entonces que los guerreros se sentían orgullosos de estar con la sangre chorreando codo abajo.



El caso es que juntaron todas las riquezas conseguidas en la campaña de Castejón y hablaron con los moros de la siguiente forma: Ellos no querían llevarse ni cautivos ni cautivas ni quedarse tierras y demás cosas, así que negociaron quedarse con el dinero en efectivo que les resultaba más útil, y los moros calcularon que la quinta del Cid valía 3000 monedas y se las dieron. Los demás de su ejército ganaron, cada caballero 100 monedas y cada peón 50. No les había ido nada mal.

Pero el Cid se dio cuenta de que estaban demasiado cerca de Castilla y el rey Alfonso oiría hablar de la campaña y llegaría en cualquier momento. Seguramente les atacaría con su ejército. Así que era mejor partir cuanto antes.

Los moros se quedaron muy contentos porque el Cid no se había portado mal con ellos, no más de lo normal en una guerra, y así les dieron su bendición.

Después de salir de Castejón con sus primeras ganancias en la guerra de moros, cruzaron varios pueblos de Zaragoza hasta llegar a Alcocer. En el manuscrito se cuenta que Alcocer era un castillo musulmán impresionante y que por eso el Cid se tomó mucho trabajo en conquistarlo. Luego, los estudiosos de la Historia han dicho que esta parte era mentira, pero hace poco se encontraron bajo la tierra los restos de un campamento cristiano enfrente del castillo, en un lugar que llamaban (desde el siglo XVI) el Otero del Cid. O sea, que era verdad, pero parece que un poco más pequeño.



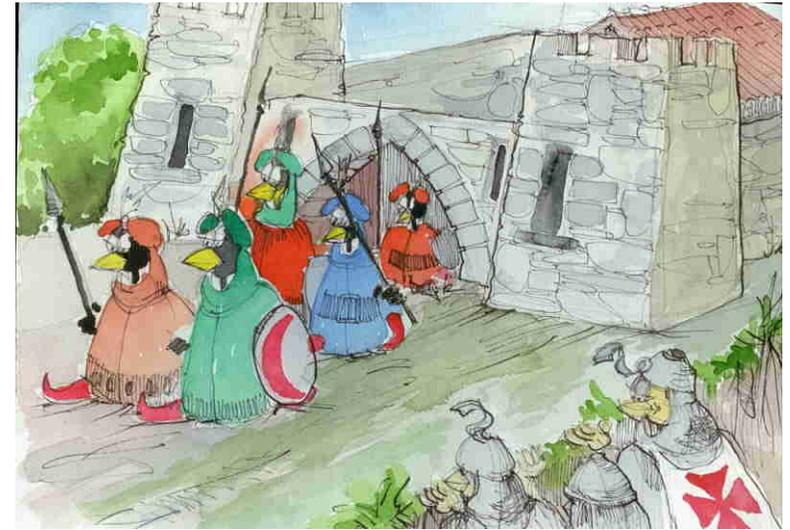
Cuando el Cid llegó con los suyos al lado de la fortaleza, vio que había un río abundante, el Jalón. Pensó que era algo muy bueno, porque si decidían hacer un largo asedio al castillo -hasta que se rindieran los moros, no se quedarían sin agua. Así que distribuyó bien las tiendas, unas frente a la montaña, otras frente al río; y puso a sus hombres a cavar una cárcava, es decir, una zanja alargada rodeando todo el

campamento, para defenderse de los ataques repentinos, que ellos llamaban arrebatas. Y dejó que las gentes de los alrededores se enterasen de que estaba allí instalado, tan ricamente. ¡En algún sitio tenían que vivir!

Pero mientras corría la noticia por los pueblecitos, a los moros les entraba tanto miedo del Cid, que dejaron de usar las tierras más cercanas al campamento y ya no apacentaban allí su ganado ni hacían sus cultivos. Les estaba perjudicando bastante este asunto. El Cid quería que a cambio de no hacerles daño le pagasen dinero: parias. El manuscrito dice que ya se las pagaban (los de Alcocer y también otros pueblos: Teca, Terror, Calatayud...), pero luego dice que no; está un poco liado. En todo caso, no lo debió conseguir completamente o los moros se hartaron de darle el dinero, lo cierto es que al final tuvo que inventarse una buena estrategia para vencerles del todo:

Recogió todas sus tiendas menos una, que dejó allí plantada, para que se creyesen que huía tan rápidamente que ni siquiera tenía tiempo de recoger todo. Quería que los moros pensaran que lo estaba pasando muy mal y que se tenía que ir muy deprisa. Cuando estos lo vieron desde el otro lado de los muros del castillo, pensaron que los cristianos se habían quedado sin comida:

- ***Qué bien, amigos, ya se va el Cid, se ha quedado sin pan para los hombres y sin cebada para los caballos. Y se va con nuestro dinero. ¡Persigámosle para recuperarlo antes de que lo hagan los de Terror! Así nos llevaremos lo nuestro y lo de los otros.***



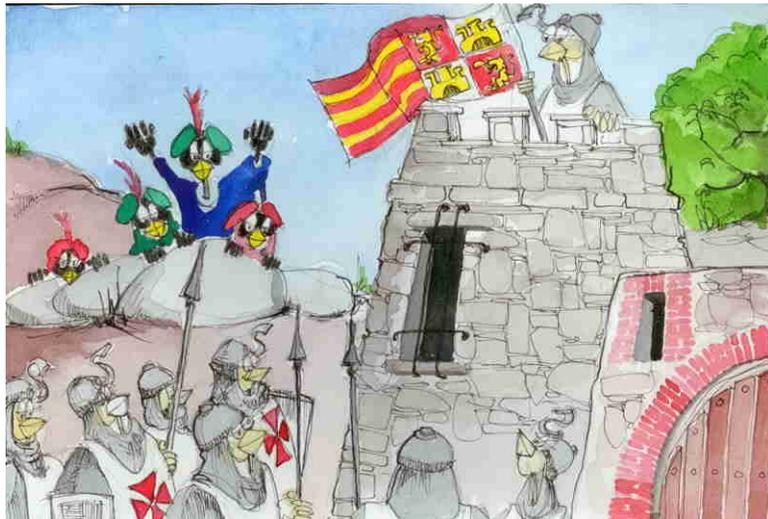
Y salieron todos a lo bestia, con ansia por las riquezas, con miedo de que si no se daban prisa se las iban a quitar. Tan deprisa salieron por la codicia, que no se quedó nadie en el castillo, no cerraron ni las puertas. El Cid giró entonces la cara y cuando los vio muy alejados del castillo les gritó con fuerza a sus hombres:

- ***¡Heridlos, caballeros, todos sin dudar, con ayuda de Dios, nuestra es la ganancia!***

Dieron la vuelta a la señal del ejército y se dirigieron galopando al encuentro de los moros y a las puertas del castillo para llegar antes que ellos, que estaban tan sorprendidos que no pudieron darse tanta prisa.

Mio Cid y Alvar Fáñez iban en cabeza gracias a sus buenos caballos, aguijoneándolos, y entraron rápidamente por las puertas de Alcocer, mientras sus hombres iban matando a los que llegaban, entre gritos impresionantes. Con las espadas desnudas estaban frente a la puerta y en muy poco rato mataron 300 moros.

También entró por la puerta Pedro Bermúdez, sobrino carnal del Cid, que era el alférez o abanderado de su ejército –es decir, el encargado de llevar la seña- y la puso en lo más alto. Ya estaba terminada la conquista.



Entonces el Cid se dirigió a sus hombres con estas palabras:

- ***Gracias al Dios del cielo y a todos sus santos por fin mejoraremos las viviendas de los hombres y los caballos. Vamos a estar ahora mucho más a gusto. Pero, ¡oídme, caballeros! qué buen castillo es este que hemos conquistado.***

Se puso a mirar alrededor para comprobarlo y vio que habían matado a muchos enemigos:

- ***Las moras y los moros yacen muertos, no los vamos a poder vender y creo que es mejor no descabezar a los que quedan. –era costumbre hacerlo y decorar incluso las almenas con las***

cabezas.- Mejor nos instalaremos en sus casas y los emplearemos como criados.



Esto estaba bastante bien, teniendo en cuenta la brutalidad de la vida de entonces, el Cid era muy poco sanguinario, no mataba sin necesidad y también fue una suerte para los que quedaron que no los vendieran.

Una vez que estuvo tan convenientemente instalado, mandó buscar la tienda que había dejado plantada en el campamento y empezó a vivir en este sitio, con gran satisfacción. Pero cuando se enteraron los de los pueblos cercanos no se sintieron seguros; les dolía mucho a los de Teca, a los de Terrer, a los de Calatayud. Quisieron pedir ayuda al rey de Valencia, que era musulmán y le mandaron un mensaje, informándole de toda la historia:



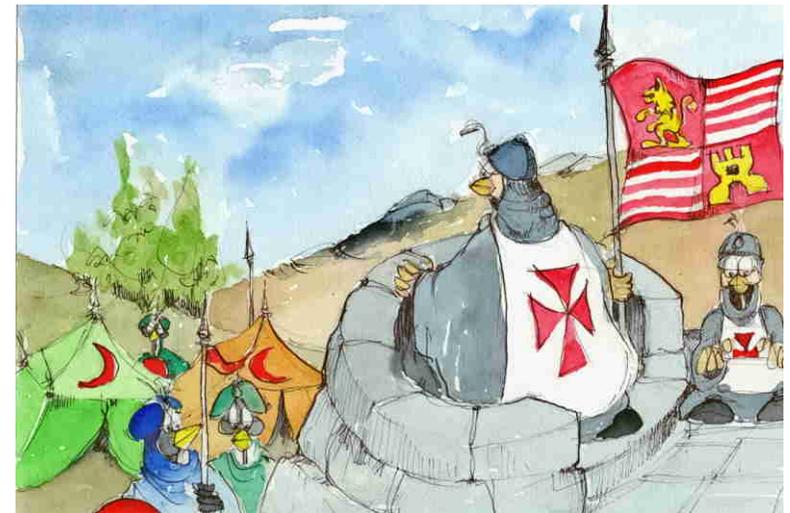
- *A uno que llaman Mio Cid Ruy Díaz de Vivar le ha echado el rey Alfonso de Castilla y ha venido hasta aquí con sus hombres; les ha hecho una trampa muy grande a los de Alcocer y ha ganado su fortaleza. Debes ayudarnos si no quieres perder Teca, Terrer y Calatayud.*

Cuando así le escribieron es porque este rey debía ser su señor, su protector. Se llamaba Tamin y al escuchar el mensaje le dolió de todo corazón. Dijo:

- *Tengo cerca tres reyes moros. Vamos a hacer una cosa: que dos de ellos vayan rápidamente hacia Alcocer con 3000 hombres para luchar contra el Cid, el otro se quedará en la frontera para ayudarles. ¡Prendedle, pronto, y traedle frente a mí! Si ha entrado en mis tierras y tales cosas ha hecho, va a tener que pagarlo.*

3000 moros se dirigieron entonces hacia Alcocer, cabalgando. Hicieron su primera noche en Sogorbe, una ciudad de la provincia de Castellón, la segunda en Tella (Teruel) y la tercera en Calatayud. Iban muy decididos y muy enfadados.

Al frente estaban dos reyes moros, Fáriz y Galvez y por toda la zona se propagaron los pregones, hablando de la expedición que se dirigía a Alcocer a luchar contra el Cid.

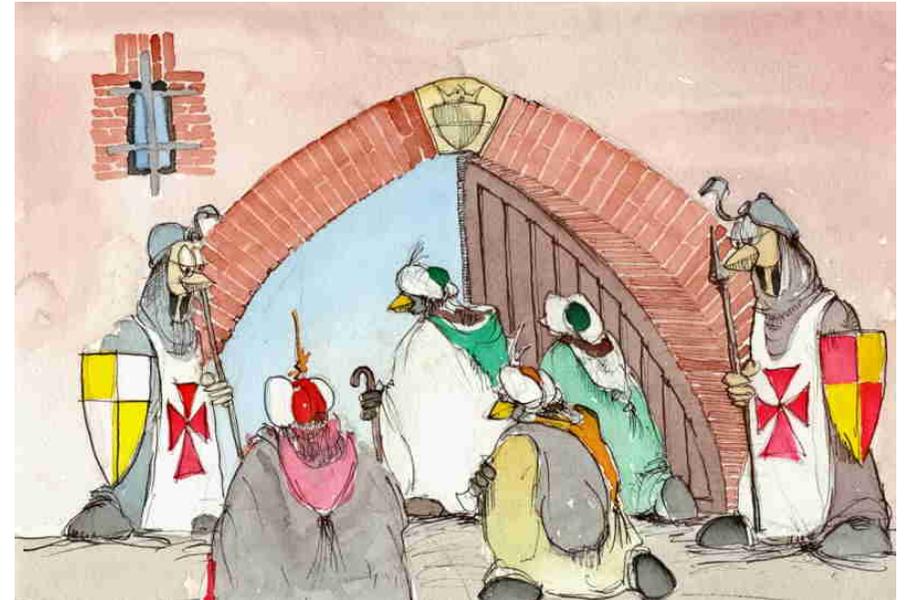


Cuando llegaron allí, plantaron sus tiendas alrededor del castillo y les cercaron, como antes había hecho el Cid con los dueños del castillo. Fáriz y Galvez tenían centinelas de día y de noche y su ejército era impresionante.

Al Cid y a sus hombres pronto les empezó a faltar el agua y algunas mesnadas, que era como se llamaba entonces a los grupos de guerreros, querían salir a batallar, pero el Cid lo prohibió de momento. Aguataron así tres semanas y cuando estaba empezando la cuarta, convocó a sus hombres a una asamblea para conocer su opinión y ponerse de acuerdo.

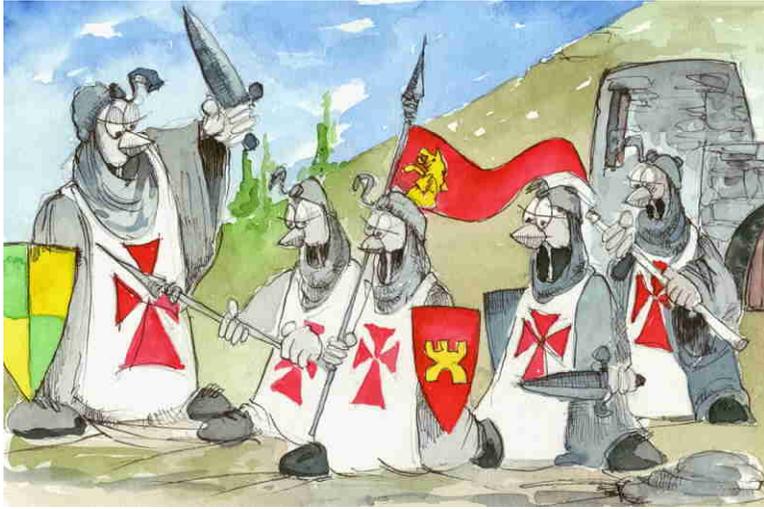
- *Se nos ha acabado el agua, nos faltará pronto el pan; no nos van a dejar salir de noche a buscarlo y son demasiado fuertes para luchar contra ellos. Decidme, caballeros, ¿qué queréis hacer?*
- *Nos han echado de Castilla y tenemos que vivir aquí.* –dijo entonces Minaya Alvar Fáñez.- *Si no luchamos contra los moros no nos ganaremos el pan. Somos unos seiscientos, tal vez alguno más. Propongo que mañana, temprano en la madrugada, vayamos contra ellos.*
- *Has hablado muy a mi gusto.*– contestó el Cid satisfecho.- *Lo cual te honra, Minaya. No esperaba otra cosa de ti.*

Echaron fuera a los moros y a las moras que vivían con ellos en el castillo para que no se enterasen de sus planes secretos. Durante ese día y esa noche se estuvieron preparando y a la mañana siguiente, cuando salió el sol, estaban todos armados hasta los dientes. Dijo entonces el Cid:



- *Salgamos todos fuera, que no se quede nadie más que dos soldados para guardar la puerta. Si morimos en el campo de batalla, entrarán en el castillo; pero si vencemos, aumentarán nuestras riquezas. Pedro Bermúdez, coge tú mi seña, que eres muy bueno en eso, pero no agujes con ella si no te lo mando.*

Entonces Pedro Bermúdez, muy contento, le besó la mano al Cid, antes de coger la seña. Después abrieron la puerta del castillo y salieron todos de un salto. Al verles los centinelas de los moros se fueron corriendo a avisar a su ejército.



Fue impresionante la manera en la que se prepararon los 3000 moros para el combate, bajo dos señas distintas, en dos grandes filas, mientras sonaba un ruido de atamores tan grande que parecía que la tierra se iba a quebrar. Con estos atamores los moros se daban señales secretas para la batalla y también metían mucho miedo a los enemigos. Las haces, que es como se llaman estas grandes filas de guerreros, se movieron hacia adelante contra los hombres del Cid. Y entonces él les habló así:

- ***Tranquilas, mesnadas, que ninguno se salga de la fila hasta que yo lo mande.***

Pero Pedro Bermúdez no pudo resistirse y desobedeció al Cid, cogió la seña que este le había encargado y se dirigió hacia el enemigo galopando fuertemente.

- ***Que Dios nos ayude, ¡Cid campeador lea! Voy a meter tu seña en el haz más grande y tus hombres fieles vendrán a defenderla.***
- ***¡No lo hagas, por caridad!-*** dijo el Campeador.
- ***Por ella misma no dejaré de hacerlo.*** –contestó Pedro Bermúdez.

Y espoleando su caballo se metió en el haz mayor. Los moros lo recibieron ferozmente intentando hacerse con la seña. Le dieron grandes golpes, pero no lo pudieron derribar. Entonces el Campeador, que lo observaba angustiado, pidió a sus hombres:

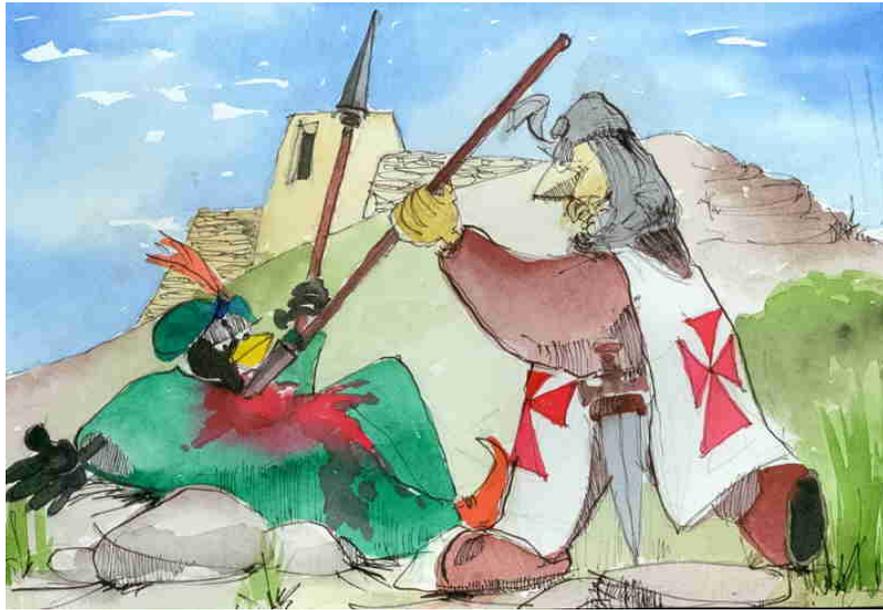
- ***¡Ayudadle, por caridad!***

Embrazaron los escudos delante del corazón y enfilaron las lanzas tensas con sus pendones, las caras inclinadas sobre el arco de la silla, se dirigieron a herirlos con sus fuertes ánimos.

Y no dejaba de llamarles a grandes voces el Cid:

- ***¡Heridlos, caballeros, por amor de Dios, que soy Ruy Díaz, el Campeador de Vivar!***

Todos fueron a herir en el haz donde estaba Pedro Bermúdez. Eran trescientas lanzas y todas tenían pendones. Todos mataron un moro de cada golpe que dieron y al volver mataron otro con la misma facilidad.



Se veían tantas lanzas bajar y subir, tantos escudos de cuero perforar y traspasar, tantas mallas guerreras destrozadas, pendones que eran blancos salir rojos de sangre y buenos caballos perdidos andar sin sus dueños... Se oían gritos de moros: ¡Mahoma! y de cristianos: ¡Santi Yagüe! En un poquito de tiempo moros muertos... ¡mil habría!, y más.

Luchaban bien: Mio Cid Ruy Díaz, el buen lidiador; Minaya Alvar Fáñez, Martín Antolínez, el burgalés perfecto, Muño Gustioz, criado suyo; Martín Muñoz, Alvar Álvarez y Alvar Salvadórez, Galín García, el bueno de Aragón, y Fele Muñoz, sobrino del Cid.

A Minaya Alvar Fáñez le mataron el caballo. Las mesnadas de cristianos se apresuraron a socorrerle y mientras él, con la lanza rota, echó mano de la espada y, aunque de pie, daba muy buenos golpes. Mio Cid Ruy Díaz el castellano, cuando lo vio, se acercó a un general moro que tenía un caballo muy bueno y le dio

tal espadazo con su mano diestra que lo cortó en dos por la cintura y la mitad del cuerpo cayó en el suelo. Le llevó entonces el caballo a Alvar Fáñez, diciéndole con cariño:



- ***¡Cabalga, Minaya, amigo! Tú eres mi brazo derecho. Hoy estoy teniendo en ti un gran apoyo y todavía te necesito porque los moros no se rinden.***

Cabalgó Minaya, con la espada en la mano y siguió luchando valientemente; a todos los que alcanzaba los iba derribando.

También Mio Cid a su lado luchaba y en un momento al rey Fáriz le dio tres golpes seguidos; los dos primeros fallaron, pero el tercero le alcanzó de lleno: la sangre comenzó a chorrearle por la loriga abajo y volvió la rienda para abandonar el campo de batalla: con este golpe derrotaron al ejército enemigo.

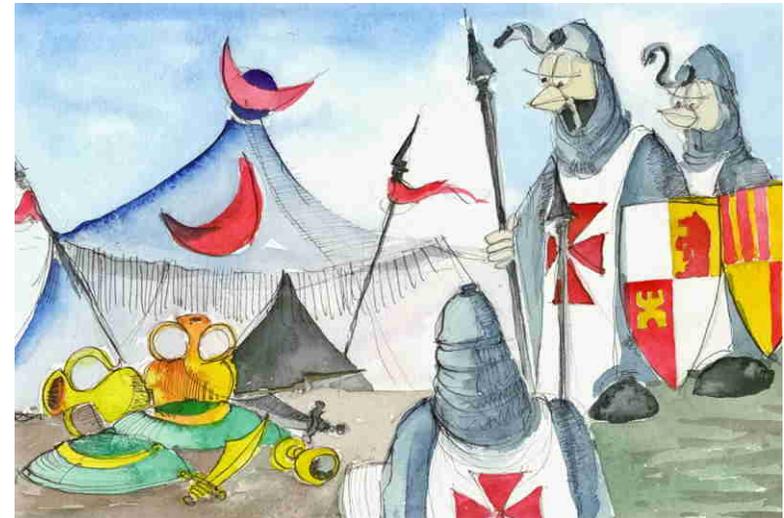
Después Martín Antolínez le dio un golpe a Gálvez y, apartándole los rubíes del yelmo, se lo cortó, hasta llegar a la carne, de tal manera que el otro ni se lo esperaba



Así fue vencido el ejército de Fáriz y Gálvez. Pensaron que era un gran día para la cristiandad: los moros huían y los cristianos los persiguieron de Terror a Calatayud. A Minaya Alvar Fáñez le andaba muy bien el caballo; consiguió matar treinta moros con la espada y desde el codo hasta abajo la sangre le iba destellando:

- ***Ahora estoy contento. Ya pueden los recados ir hasta Castilla para contar que Mío Cid Ruy Díaz ha ganado su primera batalla campal.***

Andaba satisfecho el Cid, sobre su buen caballo, mirando el campo, donde pocos moros quedaban vivos. Tenía la capucha de la lorica fruncida ya sobre el cuello, retirada de la cabeza, el casco sobre los hombros y su buena barba al viento; y todavía con la espada en la mano le dijo a sus mesnadas, que iban llegando:



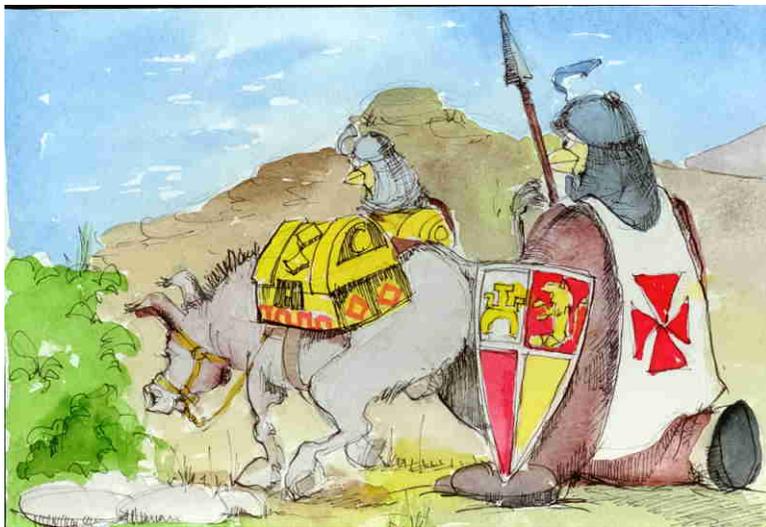
- ***¡Gracias a Dios, mesnadas, que tal batalla hemos ganado!***

Entonces, se apoderaron del campamento enemigo, con todos los escudos, armas y riquezas que dejaban los moros. Y no echaron de menos más que a quince de entre los cristianos.

Era muy grande la alegría del Cid y de los suyos y él distribuyó generosamente el dinero entre todos.

Después llamó a Minaya aparte para hacerle un encargo de gran trascendencia.

- *Minaya, eres, como ya te dije, mi auténtico brazo derecho. De esta riqueza que hemos ganado, toma según tu gusto la parte que quieras, pero atiéndeme. Voy a enviarte a Castilla para que le lleves al rey Alfonso, de mi parte, un espléndido regalo, a pesar de que me ha ofendido: treinta caballos árabes, con sus ricas sillas de oro y sus buenos frenos, así como las correspondientes espadas colgadas de los arzones.*



(Los arzones eran unos arcos de remate en la parte delantera y trasera de la silla de montar.) A Minaya le pareció un buen plan y dijo al Cid que lo haría con mucho gusto. Él continuó dándole instrucciones para su viaje a Castilla.

- *Aquí en esta bota alta te meto un montón de oro y plata para que te lo lleves, está llena hasta los*

topes. Quiero que vayas a Santa María de Burgos y pagues mil misas; lo que te sobre, dáselo a mi mujer y a mis hijas y diles que rueguen por mí de noche y de día, porque si yo les vivo van a ser ricas señoras.



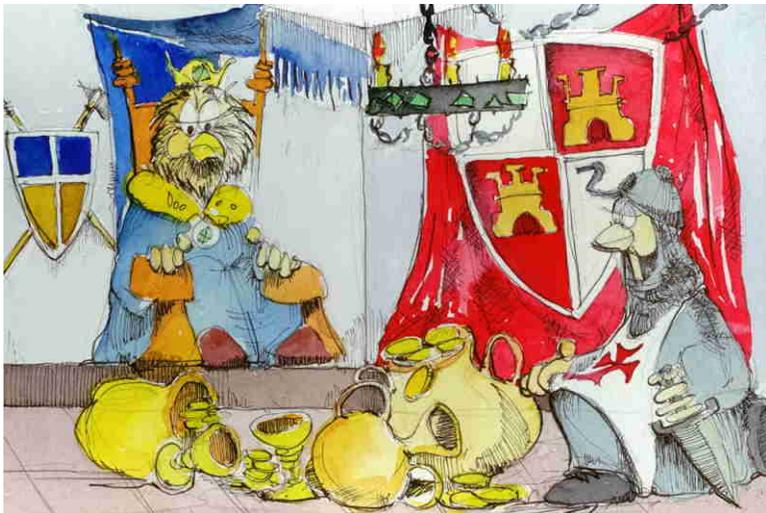
Este plan le pareció perfecto a Minaya y se fue a buscar a los hombres que debían acompañarle para prepararlo todo. El Cid le despidió de noche, encargándole que les contara a todos en Castilla sus victorias frente a los moros y que a su vuelta les buscase, que no sabía si le podrían esperar en el mismo sitio porque tendrían que seguir ganándose la vida con la lanza y la espada.

La tierras donde estaba el Cid eran estrechas y pobres, no daban para vivir bien; así que prefirió vender el castillo por 3000 marcos de plata al rey Fáriz, que ya estaba recuperado. Los moros de Alcocer lloraron

mucho porque estaban a gusto teniéndole a él por señor, pero se alegraron los de Teca, Terrer y Calatayud. Otra vez con los 3000 marcos volvió a repartir entre sus gentes, que pensaban que era una auténtica delicia estar sirviendo a tan gran señor.

Y partieron para buscar más batallas donde ganarse la vida.

Y partieron para buscarse la vida. Atravesaron el río Jalón hacia adelante, saliendo con buenas aves –es decir, pájaros por la derecha-; se asentaron en un cerro que estaba en lo alto de Monreal y consiguieron “meter en paria” -que significa obligar a que te paguen dinero a cambio de no hacer la guerra- a tres pueblos consecutivamente: Daroca, Molina y Teruel. Ya tenían delante el cuarto que querían someter: Cella.



Mientras tanto, Minaya había llegado a Castilla y estaba frente al rey Alfonso, presentándole el regalo del Cid. Al rey le gustó tanto que sonreía rebotando de

gusto: era un regalo muy caro, podemos calcular que su valor ascendía a 3000 marcos de plata, tanto como le dieron al Cid por Alcocer. Eso nos da una idea de la generosidad extraordinaria que había tenido. No es sólo que fuera generoso, así sin más, es que era listo, sabía moverse en el mundo y aprovechar sus bienes de un modo político.

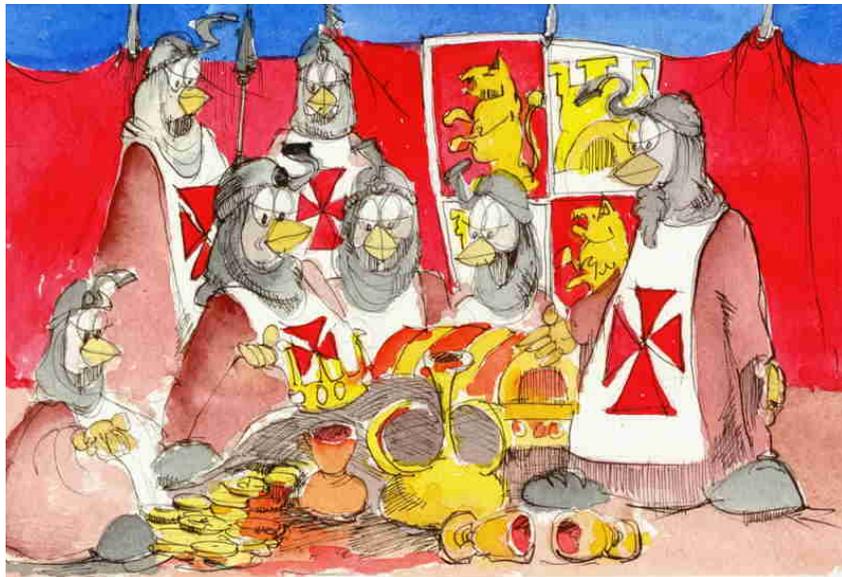
Por todo ello Minaya se atrevió a sugerirle al rey que le perdonase. Pero el rey le contestó:

- ***Demasiado pronto me parece perdonar a un vasallo “airado” (que era como castigado) cuando no han pasado ni tres semanas.***

En eso de las tres semanas exageró un poquito, porque habían pasado al menos cinco meses, pero sólo era una forma de hablar. No obstante, se notaba que el rey se estaba ablandando mucho. Le dijo a Minaya que a él sí que le perdonaba y le devolvía sus tierras y posesiones. También le dijo que, a partir de ahora, a todos los que quisieran unirsele en la guerra de moros, los dejaba libres de la ira regia. La ira regia era “el enfado del rey” y se trataba de un asunto muy peliagudo porque los reyes tenían demasiado poder y podían hacer que lo pasaran verdaderamente mal aquellos con quienes se enfadaban. Quizás lo peor que te podía pasar en aquella época era incurrir en la ira regia. Y para eso no siempre había que tener la culpa. Pero volviendo a nuestro asunto, el rey volvió a repetirle a Minaya que de momento no quería hablar de ese tema del perdón al Cid, pero que se alegraba de sus triunfos. Y le animó a que volviese con él sin miedo a las consecuencias.

Minaya salió de Castilla al cabo de tres semanas, estas sí reales, hacia tierra de moros. Iba con doscientos hombres más, que se le habían unido a consecuencia del cambio de Alfonso y de la publicidad que Minaya había hecho de las hazañas del Cid. Bueno, doscientos con espada, porque a los que iban de pie ni siquiera los contaron.

Cuando salió de Castilla Minaya, el Cid estaba todavía en el cerro que hemos dicho, pero ya había metido en paría toda la zona y los moros enviaban mensajes asustados a su rey en Zaragoza.



Tuvo que dejar el cerro antes de que llegara Minaya, porque era necesario continuar con los avances. Fue más allá de Teruel y todas las tierras por las que iba pasando las metía en paría, incluso la propia Zaragoza, con razón tenían tanto miedo los moros. A los que no querían entrar en paría les hacían muchos destrozos,

pero los que pagaban estaban tranquilos.

Al Cid le traían mensajes del regreso de Minaya con los doscientos, así que estaba impaciente por que llegara. Cuando lo vio por fin asomar, fue corriendo a su encuentro con el caballo, para abrazarlo y lo besó en los dos ojos y en la boca. Antes, eso era común entre los guerreros y además estos dos hombres se estimaban mucho. El Cid sonrió como antes lo hizo Alfonso al ver los treinta caballos, con un gusto rebosante.

- ***Gracias a Dios y a sus cuidados. ¡Ay, Minaya, mientras tú vivas a mí siempre me irá bien! ¡Ojalá vivas mil años!***



Todos fueron muy felices ese día porque los que regresaban de Castilla les trajeron mensajes de sus familiares y amigos. El Cid se mostró entusiasmado al enterarse de que estaban con salud su mujer y sus hijas; y muy satisfecho de que Minaya hubiera cumplido el

encargo de las mil misas. ¡Mil! Yo creo que el Cid pensaba que eso de las misas era tan importante para

mejorar su suerte como el regalo de los treinta caballos. En esto, a mi juicio, no era tan inteligente, pero... es opinable. Todo el mundo era muy supersticioso en aquella época.

Después de esta alegría tampoco se durmieron en los laureles: tenían toda la zona bajo control, pagando parias, pero el Cid advirtió a sus hombres de que si se paraban podían ir perdiendo terreno, así que les animó a seguir avanzando.

- ***Mañana por la mañana temprano volveremos a cabalgar, dejando estas tierras atrás, sin pena, siempre hacia adelante.***

Y así lo hicieron, en diez días pasaron por Huesca y llegaron a Montalbán. Los habitantes de aquellas regiones estaban inquietos y viajaba el rumor de tierra en tierra sobre el tremendo perjuicio que les estaba haciendo este "salido de Castilla", como lo llamaban. De hecho, parece que las tierras las iban dejando negras a su paso, es decir, que las quemaban, con sus cultivos y tal vez con sus casitas y todo.

Finalmente, le llegó la noticia al conde de Barcelona, que aunque era cristiano, no le gustaba lo que estaba haciendo el Cid. Este conde se llamaba en la realidad Ramón Berenguer II *el Fraticida* -apodo que le pondrían, supongo, por haber matado a su hermano, quién sabe si sería verdad-.



Cuentan que este conde era muy fanfarrón, es decir, que presumía de ser muy valiente pero luego no lo era tanto. No sé si será verdad, porque el cronista de esta historia está claro que va con el Cid. Pero bueno, el caso es que este conde tenía algunos motivos para enfadarse. El Cid estaba atacando al reino moro de Lérida que era un protectorado suyo; es decir, que le pagaba parias a cambio de su protección.

- ***Grandes ofensas me hace este de Vivar. Ha herido a mi sobrino y se mete por las tierras que yo protejo, haciendo destrozos. Antes yo no lo he desafiado ni le he demostrado ninguna enemistad, pero si tanto me busca, al final me va a encontrar.***

Esto dice el cronista que fue una fanfarronada, y en efecto, hasta el día de hoy decir eso de "no me busques que me encuentras" es bastante *chulito*. A continuación armó un gran ejército, mezcla de moros y cristianos y se fue derecho al encuentro del Cid.

El Cid, mientras tanto, estaba cargado de riquezas, con un botín verdaderamente enorme, yo diría incluso groseramente grande y tal vez hasta incómodo de llevar. Al principio, cuando le llegaron los "mandados", es decir, los rumores del ejército del conde que venía hacia él, le mandó decir a éste que no se enfadara, que de lo suyo no le iba a quitar nada.

No sé si sería verdad o no, pero el conde no se lo creyó, a lo mejor por su nerviosismo o a lo mejor porque quería el botín del Cid. Pensaría: antes me lo quedo yo, que es de "mis" moros, que no este "salido de Castilla". No se sabe, el caso es que el Cid no consiguió tranquilizarle y tuvo que reunir a sus hombres:

- *Mesnadas, la guerra con el conde Ramón Berenguer es ya inevitable. Apartemos las ganancias y preparémonos para el combate. Ellos vendrán tras de nosotros cuesta abajo, ya que su posición es más elevada. Traen calzas y sillas coceras, con las cinchas aflojadas. Nosotros llevamos huesas y sillas gallegas. Les esperaremos en el llano con las lanzas en posición y cada vez que matemos uno, caerán los dos siguientes. Ya verá el Ramón ese a quién ha venido a quitarle la ganancia.*

Las sillas coceras eran apropiadas para correr, pero no para el combate, por ser poco seguras. En esto se fijó el Cid, y en que iban cuesta abajo, para pensar que

fácilmente conseguirían derribarlos de tres en tres. Las calzas eran unos zapatos elegantes y aristocráticos, pero tampoco servían bien para la guerra. Los hombres de Cid llevaban sillas gallegas, que eran más seguras, y huesas, que eran botas altas, un poco bastas, pero eficaces.



Una vez que se lo había explicado, se prepararon todos para recibir a los catalanes, a los que el Cid llamaba "francos" porque también se les podía llamar así, pero usaba este nombre a veces mofándose, ya que también significa generosos. Luego veremos cómo era la burla.

Sucedió tal y como había previsto el Cid: usaron muy bien la lanza, hiriendo a los unos y derribando a los otros. Finalizado el combate, que ganaron con facilidad, apresaron al conde Don Ramón.



No se dice si él era el dueño de Colada, la famosísima espada que ganó el Cid en este combate y que valía más de mil marcos de plata. (Daros cuenta de lo importante que es el dinero en esta historia.)

Bueno, el Cid se llevó al conde a su tienda mientras algunos de sus hombres preparaban una gran comida, un auténtico banquete. Por supuesto, estaban muy contentos, porque al vencer al conde Don Ramón todavía habían aumentado muchísimo más su ganancia. El Cid quería invitar a comer al conde, pero él estaba muy enfadado; en realidad se sentía humillado de que unos hombres tan mal calzados le hubieran vencido. Y así lo dijo:

Página 51 de 56

- ***No probaré bocado, ¡por cuanto hay en España!
No puede mi orgullo sufrir que unos mal calzados
me hayan vencido en la batalla***



Y así empezó una obstinada huelga de hambre. El Cid intentaba convencerle con chantajes:

- ***Come de este pan y bebe de este vino. Si lo haces, saldrás de la prisión, pero si no, no volverás a ver cristianos.***

Al principio no dio resultado; el conde seguía en sus trece:

Página 52 de 56

- *Come tú, Rodrigo, y descansa después, que yo prefiero dejarme morir de hambre.*

Pero otra vez insistió el Cid; quería a toda costa liberarle:



- *Come, Conde; y cuando estés bien satisfecho, te daré la mano a ti y a otros dos de los tuyos, para que te acompañen y os daré la libertad. Eso sí, no te voy a devolver nada de lo que hemos ganado legítimamente en esta batalla, porque esas ganancias son para mis hombres, que me siguen en las adversidades. Y así es como tenemos que ganarnos la vida, cogiendo de vosotros y de otras gentes, hasta que Dios quiera, porque hemos incurrido en la ira del rey y nos ha echado de la tierra.*

Como vemos, el Cid dio aquí una buena explicación de las causas de su comportamiento, de su forma de vida. Parece que el conde por fin entendió que se proponía

liberarle, cosa que no debía haber entendido al principio, porque ahora se maravilló muchísimo y casi no se lo creía. Se puso a comer inmediatamente, por propia voluntad y con agrado. Incluso le dio las gracias y le dijo que todo estaba riquísimo. Cuando terminó le pidió tres caballos para irse con sus hombres, cosa que hizo el Cid también por su propia voluntad y con agrado, cortésmente.

Los caballos eran palafrés, es decir, de paseo; tampoco le iba a dar los más veloces. Pero le proporcionó además unas buenas vestiduras, con pellicones y mantos, para que no pasaran frío porque todavía debía ser invierno. Y finalmente le despidió así:



- *Ya vete, señor conde, a manera de muy franco. Gracias por todo lo que me dejas. Si quisieras más adelante venir por ello, podrás encontrarme. Entonces lucharemos y ocurrirá que, o me*

dejarás otra vez lo tuyo, o te llevarás algo de lo mío.

Como vemos, aquí volvió a dar otra buena explicación y le hizo el chistecito de lo de franco, por catalán y por generoso. (No sé por qué ahora tienen fama de tacaños.) El conde enseguida le desengañó en eso de volver, desde luego no tenía ninguna gana:

- *Descansa y disfruta, Cid, estás a salvo porque yo no voy a volver.*

Aguijaba el caballo con mucho interés por alejarse porque no se fiaba del todo. Giraba la cabeza para vigilarles, pensando que finalmente el Cid se iba a arrepentir y le daría caza. Pero tal deslealtad y falta de palabra no la haría el Cid en todos los días de su vida. Allí quedó con sus mesnadas, alegres por la ganancia hecha: ¡tan maravillosa y grande!

Fin del Primer Cantar

